

EL CIELO EN LA FE

María del Puerto Alonso, ocd Puçol

Meditamos hoy en compañía de Isabel de la Trinidad. Ella, antes de morir, escribió unos Ejercicios Espirituales para su hermana Margarita (Guita), mujer casada y ya con dos hijas, a la que, en contraste con la costumbre de la época, Isabel llama a vivir la plenitud de su vocación cristiana como una profunda relación de intimidad con Dios.

Dios nos habita siempre

“Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14,23).

Esta Palabra fue la primera que me vino al pensar en este retiro. Este mismo texto escoge Isabel en el tercer día de Ejercicios, y comenta:

(9) He aquí, el Maestro que nos manifiesta nuevamente su deseo de habitar en nosotros: “¡Si alguno me ama!”. El amor, eso es lo que atrae, lo que arrastra a Dios hacia su criatura. No un amor sensible sino el “amor fuerte como la muerte, al que no pueden apagar las aguas abundantes” (Cant 8,6-7).

En este tercer día de Ejercicios Isabel añade: *(10) Cada acontecimiento y suceso, cada sufrimiento y alegría son un sacramento que le comunica Dios. Por eso, ella [el alma] no hace ya diferencia entre estas cosas; ella pasa por encima, las supera para descansar, por encima de todo, en su mismo Maestro.*

Isabel, en contacto con el Carmelo, descubre desde el día de su primera comunión, que –como diría santa Teresa– “no estamos huecas por dentro”¹. Desde entonces Isabel explora su interior y descubre que está habitada por los “Tres”: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y que esta inhabitación trinitaria no depende de nuestro comportamiento, ni de nuestro estado de ánimo, sino que está perennemente ahí, llamándonos a la relación, a la comunicación. Dios no se comunica genéricamente, se nos comunica a cada persona, dándose a sí mismo.

¹ “Porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior, que importa mucho (y plega a Dios que sean solas mujeres las que anden con este descuido), que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped dentro, que nos diésemos tanto a las vanidades y cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos.” CE 48,2.

De hecho, hemos visto cómo para Isabel “cada acontecimiento... es un sacramento”. Ella ya tenía clara esta Presencia del Dios que actúa y se comunica en la vida cotidiana, anticipándose en su tiempo a la teología sacramental Conciliar.

En una carta (Carta 62) al canónigo Angles [14 de junio de 1901], un mes antes de entrar al Carmelo Isabel escribe:

No puedo ir a la iglesia ni recibir la sagrada Comunión, pero, ya ve, Dios no tiene necesidad del Sacramento para venir a mí. Me parece que lo poseo igualmente. ¡Es tan buena esta presencia de Dios! Es allí, en el fondo, en el cielo de mi alma donde me gusta buscarle, pues nunca me abandona. “Dios en mí, yo en Él”. ¡Oh! Esta es mi vida. Es tan bueno, ¿verdad?, pensar que a excepción de la visión beatífica nosotros le poseemos ya como los bienaventurados le poseen en el cielo. Que podemos no abandonarlo, no dejarnos distraer de Él. ¡Oh!, pídale mucho que le deje apoderarse de mí, que me arrebate...

Nosotras hemos vivido esta situación recientemente por la pandemia de la COVID: no poder recibir la comunión, ni ningún otro sacramento. Mucha gente tiene que vivir así por la guerra o empobrecimiento de la Iglesia local. Pero una cosa es clara: Dios nos habita y se nos comunica SIEMPRE, en toda circunstancia y acontecimiento de nuestra vida. Pero ¿Qué nos comunica? Se comunica a sí mismo. Y “Dios es amor” (1Jn 4,8). Por lo tanto, lo único que puede comunicarnos es su esencia: amor.

Para vivir esto, primero hay que creer en ello, aun en medio de la dificultad. Aun no pudiendo creer, querer creer ya es creer.

¿En qué momentos de mi vida me cuesta creer que Dios siempre me habita?

¿Alguna vez me parece que está ausente?

Creer es confiar

Nos dice Isabel en la primera oración del día sexto de “El cielo en la fe”:

(20.) Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y creído en él”² (1 Jn 4, 16). En esto consiste el grande acto de nuestra fe; es el medio de dar a Dios amor por amor; es “el secreto escondido” en el corazón del Padre de que habla San Pablo, en el que nosotros penetramos al fin, con estremecimiento de toda nuestra alma (Col 1, 26). Cuando ella sabe creer en este “demasiado amor” (Ef 2, 4) para con ella, se puede

² Esta frase la tenemos a la entrada de nuestro convento.

decir, como se dice de Moisés: “Perseveró firme en su fe como si hubiera visto al invisible” (Heb 11, 27). Tal alma no se detiene en los consuelos o sentimientos; le importa poco sentir a Dios o no sentirle, si le da alegría o sufrimiento: ella cree en su amor. Cuanto más probada es, más crece su fe, porque ella pasa por encima de todos los obstáculos para ir a reposarse en el seno de Amor infinito, que no puede hacer sino obras de amor. A esta alma, siempre alerta en su fe, la voz del Maestro puede decirla en su secreto íntimo la palabra que un día dirigió a María Magdalena: “Vete en paz, tu fe te ha salvado (Lc 7, 50).

Tener fe no consiste en creer en una serie de conceptos y preceptos, es confiar en una Persona. No es creer en “algo” sino en “Alguien”. Y este Alguien se nos ha manifestado y mostrado en Jesús. “Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura” (Col 1,15). Quien nos habita es la Palabra de Dios que se hizo visible, pues en el Principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios (Jn 1,1).

No nos podemos imaginar habitadas por un Dios desconocido. El Dios que nos habita ha mostrado su ser en Jesús de Nazareth. Mirar a Jesús, nos puede ayudar a no buscar un Dios placebo, que nos haga sentir muy bien. Una búsqueda de paz y falta de problemas. No es lo que vivió Jesús. Él vivió una entrega incondicional. Seguirle es vivir como vivió Él. No es vivir de acuerdo a una serie de normas religiosas, sino vivir el amor incondicional, gratuito. Y el perdón ilimitado, hasta el punto de amar a nuestros enemigos. Esto es una entrega radical que puede llevarnos al conflicto. A Él, lo llevó.

No se puede creer en Dios y no creer en el ser humano, en el prójimo. Como diría santa Teresa del Niño Jesús “El Señor explica en el Evangelio en qué consiste su mandamiento nuevo. Dice en san Mateo: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen»³. La verdad es que en el Carmelo una no encuentra enemigos, pero sí que hay simpatías. Se siente atracción por una hermana, mientras que ante otra darías un gran rodeo para evitar encontrarte con ella, y así, sin darse cuenta, se convierte en motivo de persecución. Pues bien, Jesús me

³ En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». Mt 5,43-48. Lucas, hablando también del amor a los enemigos nos dirá: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”.

dice que a esa hermana hay que amarla, que hay que rezar por ella, aun cuando su conducta me indujese a pensar que ella no me ama: «Pues si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman». San Lucas, VI. Y no basta con amar, hay que mostrarlo. Es natural que nos guste hacer un regalo a un amigo, y sobre todo que nos guste dar sorpresas. Pero eso no es caridad, pues también los pecadores lo hacen.”

¿Confío en Dios? ¿Confío en mi prójimo?
¿Amo como Dios, sin discriminación, siempre?

Ser Dios, ser amor

Volvemos a Isabel de la Trinidad. Día séptimo. Segunda oración:

(24.) “*Sed santos, porque yo soy santo*”. *Es el Señor quien habla así.* “*Cualquiera que sea nuestro género de vida o el hábito que nos cubre, cada uno de nosotros debe ser el santo de Dios*”.

¿Quién es, pues, “el más santo?”. “*Es el que más ama, el que mira más a Dios y cumple más plenamente las exigencias de su mirada*”. ¿Cómo satisfacer las exigencias de la mirada de Dios sino manteniéndose “sencilla y amorosamente” vuelto hacia Él, para que pueda reflejar su propia imagen, como el sol se refleja a través de un puro cristal? “*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*” (Gen 1, 26). Tal fue el gran deseo del Corazón de nuestro Dios. Hasta aquí, Sor Isabel.

Estamos llamadas a la santidad. A ser dioses. A ser no menos que Dios. A mirar con un amor infinito. Esto nos compromete a participar de la mirada de Dios. Por eso hay que escucharlo, buscarlo en la Palabra, en los acontecimientos, en las mediaciones que nos presenta. No olvidemos que san Juan de la Cruz nos decía que Dios no nos dirá de forma extraordinaria lo que se puede saber por mediación ordinaria y por razón.

“Y vemos esto claro en el Éxodo (18, 21-22), – dice san Juan de la Cruz –donde, tratando Dios tan familiarmente con Moisés, nunca le había dado aquel consejo tan saludable que le dio su suegro Jetró, es a saber: que eligiese otros jueces para que le ayudasen y no estuviese esperando el pueblo desde la mañana hasta la noche. El cual consejo Dios aprobó, y no se lo había dicho, porque aquello era cosa que podía caber en razón y juicio humano.” *Subida* 22,13.

No busquemos que Dios se nos revele de forma extraordinaria. Dios, Jesús, ya nos ha mostrado su Voluntad en el Evangelio. Y es algo sencillo, pero no fácil. Amar como ama Dios, con el amor de una Madre, de un Padre.

Isabel nos dice que podemos vivir “el cielo en la tierra”, el “cielo en la fe”. No tenemos que esperar a morirnos. Creer que Dios nos habita ya. Eso implica vivir el amor fraterno ahora, en toda su radicalidad. “La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis los unos a los otros” (Jn 13,35). No dice que esa señal será “que sois buenos”, o “que rezáis el rosario” o “que vais a misa”, medios buenísimos para ir a Dios, innegablemente. No, la señal que distingue a los discípulos de Jesús es el amor. Y este amor lo tenemos, porque Dios nos habita y es amor.

Sabemos que Dios nos ama infinitamente desde siempre y para siempre, con la ternura de una madre. Lo dice Isaías: “Como un hijo al que su madre consuela, así os consolaré yo y en Jerusalén seréis consolados”. (Is 66,13). Lo mismo que una madre mira a su hijo con paciencia y bondad, nos mira así Dios. Como dice Juan de la Cruz. “Porque él en esta comunicación de amor en alguna manera ejercita aquel servicio que dice él en el Evangelio (Lc 12, 37) que hará a sus escogidos en el cielo, es a saber, que, ciñéndose, pasando de uno en otro, le servirá. Y así, aquí está empleado en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar a su niño, criándole a sus mismos pechos. En lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías (66, 12), que dice: A los pechos de Dios seréis llevados y sobre sus rodillas seréis regalados” (*Cántico Espiritual* 27,1).

¿Cual es el Dios en quién creo? ¿Mi imagen de Dios cómo es?

¿Mi experiencia del amor de mis padres o de desamor, ha servido para acercarme más a Dios?

¿Sirvo y regalo a mi prójimo?

Amar es servir indiscriminadamente

Aquí san Juan de la Cruz nos da otra clave importante: el servicio. El amor se demuestra en el servicio. Así nos lo mostró Jesús que “a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios, sino al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos.” (Filipenses 2,6-7).

Hemos visto cómo Dios nos habita y nos ama. Cómo este Dios nos llama a vivir en su semejanza. A ser diosas. Por lo tanto, hemos de amar como Dios nos ama, y servir como Dios nos sirve. El servicio es la concreción del amor. En esto, como en todo, nos da ejemplo Jesús.

Todo esto es imposible vivirlo, si no es por la Ruah, el Espíritu Santo, que nos habita, nos fortalece y nos capacita para obrar de modo semejante a Jesús. No hemos de olvidar al Espíritu, es fundamental en la vida cristiana.

Día noveno primera oración

33. *Cristo decía un día a la Samaritana que “el Padre buscaba verdaderos adoradores en espíritu y verdad” (Jn 4, 23). Para alegrar su corazón, seamos estas grandes almas adorantes. Adorémosle en “espíritu”, es decir tengamos el corazón y el pensamiento fijos en Él, y el espíritu lleno de su conocimiento mediante la luz de la fe. Adorémosle en “verdad”, es decir, con nuestras obras, pues es sobre todo por nuestras obras como nos mostramos veraces; es hacer siempre lo que agrada al Padre (Jn 8, 29), de quien somos hijos. En fin, “adoremos en espíritu y en verdad”, es decir, por Jesucristo y con Jesucristo, pues sólo Él es el verdadero adorador en espíritu y en verdad.*

34. *Entonces nosotras seremos hijas de Dios; "conoceremos por experiencia la verdad de las palabras de Isaías: “Seréis llevados a los pechos y se os acariciará sobre las rodillas”" (Is 66, 12). En efecto, "todo el cuidado de Dios parece ser llenar al alma de caricias y de señales de afecto, como una madre que cría a su hijo y le alimenta con su leche".*

¡Oh! ¡Estemos atentas a la voz misteriosa de nuestro Padre! “Hija mía, dice ella, dame tu corazón” (Prov 23, 26).

Adoradoras de Dios en “Espíritu y verdad”. Es esta una vocación hermosa. Adorándole “en Espíritu” y “en verdad”. E Isabel nos dice que esa “verdad” es el amor, que mueve las obras. Santiago, en su carta, es incisivo con este tema: “Poned, pues, en práctica la palabra y no os contentéis con oírla engañándoos a vosotros mismos.” (Santiago 1,22). Y más adelante es más explícito todavía: “Así pues, si cumplís la suprema ley de la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, hacéis bien. Pero si os dejáis llevar por favoritismos, cometéis pecado, y la ley os condena como transgresores... Actuad y hablad como quienes van a ser juzgados por una ley de libertad. Pues tendrá un juicio sin misericordia quien no practicó la misericordia. La misericordia, en cambio, saldrá victoriosa en el juicio. ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo la fe?... la fe si no tiene obras está muerta en sí misma.” (Santiago 2, 8.12-14.17) *Obrar es servir, servir es creer, creer es amar.*

Isabel, como hemos visto, fundamenta su espiritualidad en la fe. Fe en el inmenso amor de Dios. Pero esta fe no puede ser una fe desencarnada, que no se tropieza con el prójimo, con la hermana que más nos cuesta, con aquella que nos cae mal o no entendemos.

Recuerdo que cuando era una formanda mi maestra me dijo algo así como: “nadie se ha pegado con el Sagrario. La medida de nuestro amor a

Dios es cómo somos y reaccionamos con la hermana que tenemos al lado”. Recordamos: la señal por la que conocerán que somos sus discípulos será nuestro amor fraterno. *Amor que se concreta en las obras de servicio al prójimo.*

¿Cómo concretamente vivo mi servicio al prójimo?

¿Soy consciente de que mi Dios es un Dios al servicio del ser humano?

Amémonos

Lo dice muy claramente el apóstol san Juan: “Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por Él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados. Queridos míos, si Dios no ha amado así...” ¿Y qué nos dice el apóstol? parece que la repuesta lógica sería decir: “pues amemos a Dios de modo semejante”, pero no. Termina diciendo: “... también nosotros debemos amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios; si nosotros nos amamos unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su perfección”. (1Jn 4,7-12)

Dios es amor, hemos dicho. Y nuestra respuesta a ese amor es el amor a todas las personas, sin excepción. ¿Qué clase de amor? ¿Cómo es ese amor? Ya hemos dicho que es el servicio y la entrega. Ahora nos habla san Pablo:

“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe. Y aunque tuviera el don de hablar en nombre de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia: y aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia. No es grosero, ni egoísta; no se irrita ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta... Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor.” (1Cor 13,1-7.13).

“Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14,23)

¿Y cómo sabemos que le amamos? Mateo, al final del Evangelio, justo antes de la pasión nos pone estas palabras de Jesús: “Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis, estaba desnudo, y me vestisteis, enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme’. Entonces le responderán los justos: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?’. Y el rey les responderá: ‘Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis’.” (Mt 25,34-40).

¿Quiénes son los “hermanos más pequeños” en mi vida?

¿No hay a mi alrededor alguna hermana hambrienta de cariño, sedienta de un gesto o una mirada amable...?

Como Jesús ama

Nos habla sor Isabel: Día octavo, primera oración

“Pasé junto a ti y te miré. Vi que había llegado para ti el tiempo de ser amada. Tendí sobre ti mi manto, hice juramento de protegerte, hice alianza contigo y fuiste mía” (Ez 16, 8). [no olvidemos que esto se lo está diciendo a su hermana casada]

27. Sí, nosotras hemos llegado a ser tuyas por el bautismo. Es esto lo que quiere decir san Pablo con las palabras: “Los llamó”. Sí, llamadas a recibir el sello de la Santa Trinidad. Al mismo tiempo que hemos sido hechas “partícipes de la naturaleza divina”, según la expresión de San Pedro (II Pe 1, 4), hemos recibido “un principio de su ser” (Heb 3, 14). Después, Él nos ha justificado por sus sacramentos, por sus “toques” directos en el recogimiento “en el fondo” de nuestra alma. Justificadas también por la fe (Rom 5, 1) y según la medida de nuestra fe en la redención que Jesucristo nos adquirió. Por fin, Él quiere glorificarnos y para eso, dice san Pablo, Él “nos ha hecho dignas de tener parte en la herencia de los santos en la Luz” (Col 1, 12); pero seremos glorificadas en la medida que seamos conformes con la imagen de su Hijo divino (Rom 8, 29). Contemplemos, pues, esta imagen adorada, permanezcamos sin cesar bajo su irradiación, para que ella se imprima en nosotras; después,

vayamos a todas las cosas con la actitud de alma con que iba nuestro Maestro santo. Entonces realizaremos el gran deseo por el que Dios “determinó en sí mismo restaurar todas las cosas en Cristo” (Ef 1, 9-10).

Jesús nos ha llamado a ser hijas de Dios, y más aún, a ser “conformes con la imagen de su Hijo divino”. Todo esto es imposible, lo digo de nuevo, sin el Espíritu de Jesús, si no sólo observamos e imitamos a Jesús, sino que nos configuramos con Él. Como dicen los Hechos de los Apóstoles: “Me refiero a Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con Espíritu Santo y poder. Él pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38). “El que pasó haciendo el bien” me parece una de las definiciones más bonitas de Jesús. Y debiera de serlo de quienes le seguimos. Tener “la misma actitud de alma con la que iba nuestro Maestro Santo”, me recuerda esta otra cita de la Escritura:

“Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús.

El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”. (Flp 2,16).

Una de las frases bíblicas preferidas por Isabel era *Para mí la vida es Cristo* (Flp 1,21. *Mihi vivere Christus est*)⁴. Jesús es, efectivamente: “El camino, la verdad y la vida”. Y nos muestra el camino de cómo ser semejantes a Él.

¿Es Jesús mi centro?

¿Paso “haciendo el bien”?

Un regalo: el cielo

Dice san Juan que “Seremos semejantes a él porque lo veremos tal cual es” (1Jn 3,2). Creo que podemos mirarlo y asemejarnos a Él ya⁵.

⁴ “Él me llenará de Él, me sepultará en Él, me hará revivir con Él, de su vida: “¡Mihi vivere Christus est!”. Y si caigo a cada paso, me haré levantar por Él con una fe toda confiada, y sé que Él me perdonará, que borrará todo con un exquisito cuidado; más aún, Él me “despojará”, me “librará” de todas mis miserias, de todo lo que es obstáculo a la acción divina, y que “Él arrastrará todas mis potencias”, las hará cautivas, triunfando de ellas en Sí mismo. Entonces yo estaré transformada toda en Él, y podré decir: “Yo no vivo ya. Mi Maestro vive en mí” (Gal 2, 20). Y yo seré “santa, pura, irreprochable” a los ojos del Padre”. Últimos Ejercicios Nº 31. Día 12.

⁵ “Mire que le mira” dirá Sta. Teresa de Jesús en V 13,22 y San Juan de la Cruz: “Cuando tú me mirabas, / su gracia en mi tus ojos imprimían, / por eso me adamas, / y en eso merecían/ los míos adorar lo que en ti vían. // No quieras despreciarme, / que, si color moreno en mí hallaste, / ya bien puedes mirarme/ después que me miraste, / que gracia y hermosura en mí dejaste. // Cántico espiritual 23 y 24.

Podemos vivir, ciertamente, ya “El cielo en la tierra”, comunión plena con Dios y con los demás sin esperar a morirnos. El cielo es posible vivirlo en este momento, como es posible vivir en un infierno. Pero mientras lo segundo casi todo el mundo lo ve evidente, lo primero no tanto.

Y es un regalo que tenemos. Que ya podemos vivir el cielo. Ya. Ahora. Y sólo consiste (¿Sólo?) en amar a Dios y a los hermanos como a uno mismo. Y amar a los enemigos ya (recordamos que además de “enemigos” hay “simpatías”).

Final de los ejercicios “El cielo en la Fe”, de santa Isabel: (44) *En el cielo los bienaventurados no tienen "reposo día y noche diciendo: Santo, santo, santo, el Señor Todopoderoso... Y prosternándose adoran al que vive en los siglos" (Ap 4, 8-10).*

En el cielo de su alma la alabanza de gloria comienza ya el oficio que tendrá en la eternidad. Su cántico no cesa, porque está bajo la acción del Espíritu Santo, que obra todo en ella; y aunque ella no sea siempre consciente de ello, porque la debilidad de la naturaleza no le permite estar siempre fija en Dios sin distracciones, ella canta siempre, adora siempre; ella se ha convertido, por decirlo así, en la alabanza y el amor, en la pasión por la gloria de su Dios. En el cielo de nuestra alma seamos alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad, alabanza de amor de nuestra Madre Inmaculada. Un día se descorrerá el velo, seremos introducidas en los atrios eternos y allí cantaremos en el seno del Amor infinito. Y Dios nos dará el nombre prometido al vencedor (Ap 2, 17). ¿Cuál será?...

Laudem Gloríae⁶.

¿Cómo puedo hacer para vivir en el cielo ya?

⁶ Debía ser “Laus gloriæ” usando el nominativo, en lugar del acusativo de la Vulgata.

Textos para la oración y reflexión.

- “Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20).

- “Nosotros debemos amarnos, porque él nos amó primero. Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de Él este mandato: que el que ama a Dios, ame también a su hermano.” (1Jn 4,19-21).

- “También se puede decir: ‘Tú tienes fe, yo tengo obras; muéstrame tu fe sin las obras, que yo por las obras te haré ver mi fe’ ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien; pero también los demonios creen y se estremecen. ¿Por qué no te enteras de una vez, pobre hombre, de que la fe sin obras es estéril? ¿Acaso no alcanzó Abrahán, nuestro antepasado, el favor de Dios por sus obras, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? Ves como la fe cooperaba con sus obras y por las obras se hizo perfecta su fe. Así se cumplió la Escritura que dice: Creyó Abrahán a Dios, y ello le fue tenido en cuenta para alcanzar la salvación, y fue llamado amigo de Dios”. (Sant 2,18-23).

Anexo

Biografía de Isabel de la Trinidad

Santa Isabel de la Trinidad es una de las figuras del Carmelo cuya vida y espiritualidad han influido, y siguen haciéndolo, en todo el mundo.

Isabel Cátez Rolland nació en Avor, en Francia, el 18 de julio de 1880. Sus padres se llamaban María Rolland. y José Cátez, militar. Dos años después de nacer Isabel la familia se trasladó a Dijon y en 1883 nace su segunda hija, la pequeña, Margarita (“Guita”).

Cuando Isabel, que pronto se caracterizó por su testarudez y genio, tiene siete años mueren su abuelo paterno y su padre. Y su joven madre queda viuda con dos hijas pequeñas. Fue un duro golpe para las tres.

Pronto han de mudarse a una casa que puedan mantener con la pensión de viudedad. Su nuevo hogar está tan cerca de un convento de carmelitas que Isabel puede ver la huerta de las hermanas desde su ventana.

Las dos niñas reciben instrucción en su propia casa sin acudir al colegio. El tiempo pondrá de manifiesto su bajo nivel cultural, pero ambas son inteligentes y despiertas y destacan en los estudios de piano. Isabel gana varios premios en el conservatorio a los trece años recién cumplidos. Desde niña mostró una gran sensibilidad ante la belleza de la naturaleza y la música.

Con diez años de edad hizo su primera comunión. Esta fecha es crucial en su vida. La recuerda así siete años después *día bendito, el más hermoso de mi vida*. Ese día, tras la primera comunión, visitaron en el locutorio a las monjas carmelitas que tenían de vecinas. Allí, una de las monjas, le explicó a Isabel que su nombre: “Elisabeth” significa: “casa de Dios”, y que eso estaba llamada a ser: un lugar donde Dios habitase. Esto impactó profundamente a la niña y no lo olvidó jamás. Desde entonces se centró en trabajar su carácter irascible hasta dulcificarlo totalmente.

Fruto de este profundo trabajo personal florece la joven Isabel como prototipo de las jóvenes de su época y clase social: muy agradable, piadosa, alegre, sociable y muy sensible. Los testimonios son unánimes: era de una madurez y profundidad fuera de lo común.

Entre sus obras conservamos sus diarios. En ellos encontramos

principalmente anotaciones de las “misiones” o conferencias a las que asistía. Reconocemos al leerlas la influencia de la espiritualidad de la Francia de finales del XIX, marcada fuertemente por el temor a un Dios castigador y mucho moralismo. Pero observamos también cómo en muy pocos años ella se alejó completamente de este modo de entender a Dios para acercarse al Dios Bíblico y Teresiano, amoroso y comprensivo. Y esta es la prueba de que Isabel se encontró de verdad con Dios.

Lee a Teresa de Jesús y se siente identificada con ella. La santa española le confirma e ilumina la verdad de que Dios nos habita y nos ama. Por este tiempo crece en su corazón el anhelo de entrar carmelita. Cae en sus manos la “historia de un alma” de la que hoy conocemos como Santa Teresa del Niño Jesús, doctora de la Iglesia universal al igual que santa Teresa, pero que entonces sólo era una carmelita del Carmelo de Lisieux que había fallecido con apenas veinticuatro años de edad y fama de santidad. La lectura de esta joven contemporánea le ayuda a adentrarse en el camino de la confianza ilimitada en un Dios amoroso. También profundiza en la Sagrada Escritura, fundamentalmente de las cartas de San Pablo. La frase *¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?* (1Cor, 6,19) le llega al corazón.

La Isabel tiene prisa por entrar carmelita. Pero su madre se opone enérgicamente. Su hermana le apoya, aunque le cuesta la idea de que su “Sabeth” se haga monja. Finalmente logra el permiso de su madre para entrar en el Carmelo cuando cumpla los veintiún años.

El 2 de agosto de 1901 entra en el Carmelo de Dijon y toma el nombre de Isabel de la Trinidad. Quiere ser “casa” en la que habiten Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Una espiritualidad trinitaria muy en consonancia de nuevo con Santa Teresa, pero poco corriente en su época. En el Carmelo descubrirá a San Juan de la Cruz, que será una ayuda inestimable en la profundización de su vida de fe y de oración.

Isabel, feliz en su convento y conocedora de la profunda espiritualidad de su hermana, sueña con que ésta sea carmelita. Pero “Guita” se casa al año siguiente. Y es aquí cuando Isabel nos sorprende con una madurez fuera de lo común y una hondura cristiana ajena a su tiempo: lejos de abandonar el sueño de que Guita, una mujer casada y pronto con hijos, pueda ser una contemplativa, no ve obstáculo alguno para ello. Ella también había vivido su vida contemplativa antes de entrar monja. Quiere ahora ayudar a su hermana a vivir en medio de sus quehaceres una profunda vida interior. Y por eso, no sólo le dedicará un escrito llamado *El*

cielo en la fe, su gran tesoro en el que explica una vida de fe y contemplación, sino que en sus cartas y conversaciones le anima a vivir lo mismo que ella está viviendo, como vocación cristiana *Me da devoción mientras recito el Oficio divino y pienso que estamos las dos junto a Él. Cuando se ama, las cosas exteriores no pueden distraer del Maestro, y mi Guita es juntamente Marta y María.*

En 1903 Isabel de la Trinidad hace su profesión solemne. Desde el Carmelo no deja de escribir a sus familiares y amigos. Se convierte de éste modo sin pretenderlo en “apóstol” de todos ellos. En sus cartas se acerca cariñosamente a las necesidades de los demás al tiempo que trata de transmitir su vivencia y gran descubrimiento, la llamada de todo ser humano a vivir en intimidad con Dios.

A finales de 1904 escribe su famosa oración *Elevación a la Santísima Trinidad*, como un canto de amor, alabanza y entrega a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Un año después y a menos de un año de su muerte, leyendo a San Pablo se identifica totalmente con el pasaje de la carta a los efesios que dice: *Hemos sido predestinados, por decisión del que todo lo hace según su voluntad, a ser Alabanza de su Gloria* (Ef. 1,12). Desde entonces para ella *Laudem Gloriam* es su nuevo nombre, incluso llega a firmar con él.

Cuando Isabel tiene sólo veinticuatro años comienzan los primeros síntomas de su enfermedad. No hay seguridad de qué enfermedad fue, pero seguramente, a consecuencia de una tuberculosis, le atacó el mal de Addison, que minó su sistema digestivo. Un largo calvario de más de ocho meses sin poderse alimentar, débil hasta el extremo – ella dice *débil hasta gritar* – sin ninguna esperanza de curación. En medio de tantos sufrimientos esta joven se une más y más a Cristo y repite en más de una ocasión las palabras de San Pablo: *completo en mi carne los dolores de Cristo* (Col 1, 24). No deja de creer en Dios sumamente amoroso y misericordioso.

Es en este periodo último de su enfermedad en el que surgen de su pluma los escritos que le han hecho pasar a la posteridad como apóstol de la contemplación y de Dios Trinidad.

En 1906, año de su muerte, escribió *El cielo en la fe, Últimos ejercicios, Déjate amar y Grandeza de nuestra vocación*. Los dos últimos son pequeñas cartas-mensaje a dos personas muy queridas: una joven con mucho temperamento y su priora, a la que le unía un gran cariño. Son frutos de los últimos tres meses de su vida. Éstos escritos, algunas

oraciones y poemas, sus cartas y apuntes de su diario de seglar, es todo lo que se conserva de su espiritualidad.

Isabel murió el día 9 de noviembre de 1906 a los veintiséis años de edad, pero su memoria se celebra el 8 de noviembre. Sus últimas palabras fueron: *Voy a la luz, al amor, a la vida...* Poco después de su muerte, siguiendo una antigua costumbre, su priora redactó una circular para los Carmelos de Francia. Pronto le reclamaron una biografía más extensa. Y así salió a la luz *Recuerdos* a principios de octubre de 1909, tan sólo tres años después de su muerte. Rápidamente se multiplicaron las ediciones de este libro y su fama de santidad se extendió no sólo por Francia, sino por todo el mundo.